



EVOCAACION (con ira) DE LOS AÑOS 30

Era una madrugada cualquiera del invierno del treinta y tantos. Las luces de Buenos Aires estaban todavía encendidas. Un espeso manto de bruma decapitaba los edificios y descendía sobre las calles como una mortaja lechosa. Los focos convertían las avenidas y calles en vías rectas salpicadas de claroscuros. En los pórticos de las iglesias y en los socavones de las puertas se veían seres harapientos inmovilizados por el frío. Los agentes de policía, pisando fuerte en el asfalto, eran el símbolo de una sociedad asentada en estructuras faraónicas. Los agentes eran hombres corpulentos y fuertes, y tenían la mentalidad que les daba su físico. Pasaban y volvían a pasar por delante de los friolentos con indiferencia profesional. Los perros vagabundos erguíanse en dos patas para robar un hueso de los tachos de basura, y los gatos, más friolentos que los perros y con más suerte que los mendigos, no andaban a aquellas horas por las calles.

LOS HIJOS DEL DESPERTADOR

Los vendedores de diarios armaban sus puestos en las esquinas, y sus movimientos describían sombras caprichosas en las paredes y en las veredas. En las ferias municipales se vivía una actividad febril: carniceros, verduleros, fruteros, puesteros de pescado (sicilianos o gallegos), el italiano de la ristra de ajos y el turco de los pañuelos y medias de colores, se hacían las bromas pesadas de todos los días en espera del primer cliente. Los bares y despachos de bebidas cercanos a los mercados y ferias, con los pisos cubiertos de aserrín gomoso, estaban llenos de ruido de humo y de clientes con el tórax y el cuello protegidos por sólidas ropas. Parecían cámaras infladas, rojizas y sonrientes. Se bebía café, caña y ginebra. La conversación se animaba mientras no llegaba el día, y en las mejillas amoratadas nacían manchas carmesí pintadas por el alcohol.

Por las rectas avenidas de Buenos Aires corrían colectivos, tranvías y omnibus repletos de pasajeros. A Retiro, Constitución, Once y Chacarita llegaban los trenes suburbanos colmados de una humanidad perezosa que se despertaba bruscamente para introducirse en las bocas de los subterráneos o para trepar a otros vehículos urgidos de motores. Los portugueses y japoneses llegaban a Retiro con sus carritos chatos cargados de flores y los empujaban saltarines por los adoquines de Alem en dirección del Mercado Nacional de Flores. Los puentes que cruzaban el Riachuelo lanzaban oleadas de gente apresurada sobre el empedrado de Boca y Barracas, y detrás irrumpían con

vibrante estrépito camiones y chatas. En el otro extremo de la ciudad, en Liniers, los hijos del despertador descendían rápidamente de unos vehículos para subir a otros.

En las esquinas de los barrios del Sur se formaban grupos que se veían todas las mañanas a la misma hora y nunca se saludaban. Durante las mañanas de un mes, de un año, de un lustro, sus cuerpos se rozaban en los vehículos y sus labios se crispaban en un gesto ahogado de protesta porque el colectivo había frenado bruscamente. Pero no se hablaban. Les habían dicho que Buenos Aires era una ciudad triste y ellos colaboraban entusiastamente para que lo fuera. Ellos eran también Buenos Aires, la ciudad sin diálogo. ¿Serían capaces de solidaridad? En los colectivos que subían por Almirante Brown y Montes de Oca viajaban mujeres de cara fatigada y mirada triste. Algunas quizá fuesen jóvenes, pero parecían todas viejas. Venían de luchar con los borrachos internacionales de los barcos, y seguramente les había costado mucho trabajo convencerlos. Los pasajeros tenían para ellas la mirada indiferente que merece la compañera de trabajo. La ciudad engullía a toda esa humanidad que se desplazaba entre la noche y el amanecer sacudiéndose el sueño y resignada a su destino de todos los días.

LA PRIMERA VILLA MISERIA

Pero en esa hora incierta de la madrugada había un minuto especial que los mendigos aprovechaban para salir de sus escondites. Entonces surgían de las sombras los desocupados (mendigos a pesar de ellos) para recorrer las calles en la penumbra. Los funcionarios de la Municipalidad iban cubriendo de sombras densos tramos de calles, y detrás de ellos salían al aire los avergonzados de su destino. Salían de la Recova de Plaza de Mayo, del pórtico de la Catedral, de los portales de la Avenida Alem, de las bocas de los subterráneos. Les gustaba el centro, en el que después se perdían entre las oleadas de gente en marcha incesante. Y luego desaparecían. ¿Adonde iban esos mendigos que una sociedad con leyes que les concedían igualdad jurídica había condenado a la derrota?

En Puerto Nuevo teníamos entonces una ciudad marginal, la primera Villa Miseria que hubo en el país. Allí los desocupados levantaron casillas de madera y hojalata, no más altas que para contener un hombre sentado, y allí se arrinconaron. Se llamaba Villa Desocupación. Esa ciudad increíble se volcaba todos los días sobre el Barrio Norte, el más cercano a su morada. Avanzaban callados y espectrales en fila india, en silencio,

EVOCACION (con ira)...

sin más ojos que para los tachos de basura. La mano se hundía detrás de los ojos y a veces salía ensangrentada. Ellos seguían adelante como imbuidos de su fuerza de Mártires de la Sociedad Capitalista. La crisis de depresión que estalló un día de 1929 en la Bolsa de Nueva York se extendió como una onda expansiva por todo el planeta. A la Argentina llegó para sumir a muchos hombres en la ruina y hacer fracasar muchas vidas. Estos hombres que usted ve ahora por Leandro N. Alem y que suben la barranca de Cerrito, de Carlos Pellegrini, de Suipacha, son víctimas de esa onda expansiva que llegó a nuestro país como un maremoto. Estos hombres no se enteraron del fenómeno hasta que se encontraron envueltos en él. Ya era tarde. Abandonaron sus estudios, renunciaron a su futuro, vieron frustradas sus vidas de ciudadanos que habían creído en la patria y en sus instituciones, y se refugiaron en Villa Desocupación. Allí había "ingenieros, políglotos, abogados, artistas y oficiales de todos los oficios" —dice Martínez Estrada en *La Cabeza de Goliat*. Y agrega: "Pensad lo que es la ciudad vista desde un sitio así, como pensáis lo que es un sitio así visto desde la ciudad; pensad lo que pueden ser todos los sentimientos y las ideas más nobles, y el mismo Dios. Pues no era un pueblo de leproso ni de ateos. Había quienes se persignaban antes de cerrar sus ojos y quienes auxiliaban a los demás con las hilachas de sus intermpidos estudios de medicina. Estaban desplazados sin haber perdido su calidad de seres humanos".

No eran mendigos ni parias. Eran hobres marginados por la sociedad que ahora los miraba con desconfianza e infinito recelo. Los ciudadanos satisfechos no podían ver con buenos ojos esta pesadilla barbuda y harapienta que se apoderaba todas las madrugadas de las calles del Barrio Norte. Había que encontrar un pretexto para suprimir esa vergüenza. Y el pretexto se presentó con la visita que hizo a la Argentina Getulio Vargas, presidente del Brasil, quien tenía que desembarcar precisamente frente a ese increíble espectáculo. Un día salió el sol para mostrarnos un paisaje lavado, esponjado, aséptico, como correspondía a la ciudad feliz, a la Reina del Plata, a la urbe más grande de habla española. La primera Villa Miseria que hubo en Buenos Aires desapareció como por arte de encantamiento.

AGENCIAS DE COLOCACIONES

Usted deambula por las calles de la urbe sin trabajo. Esto no es nada desdorado: hasta el estallido de la guerra de España (julio de 1936), el capital estaba al acecho. Después de iniciada la matanza en suelo español, el mundo de los negocios pareció animarse de pronto y el número de desocupados fue disminuyendo insensiblemente hasta que los parias de ayer se encontraban en cualquier parte y ya no disponían de tiempo para charlar, ni siquiera para quejarse de la sociedad. Todo estaba bien: había trabajo. Pero antes de aquel acontecimiento (precedido del triunfo de Hitler —1933— y seguido del estallido de la Segunda Guerra Mundial, de la que la de España fue el prólogo), los desocupados estaban a merced de las agencias de colocaciones.

En casi todas las puertas de Buenos Aires hay un cartel que dice "Se Alquila", y en las calles más importantes de la zona Sur hay un cartel que dice "Agencia de Colocaciones". Una agencia de colocaciones es una sala vacía y mal iluminada, fría e inhóspita, un teléfono, un hombre fumando a su lado y un empleado al lado manipulando papeles y recortes de diarios. Usted entra. Se orienta tímidamente en la penumbra.

—¿Qué quiere?

—¿Aquí dan trabajo?

—Aquí no tenemos ninguna fábrica. Aquí lo anotamos. ¿Qué sabe hacer?

—Y... escribir a máquina —responde usted tímidamente.

—¿Empleado, entonces?

—Y... sí.

El hombre fuma y por entre el humo orienta la mirada hacia el otro, el que manipulea papeles y recortes de diarios.

—¿Hay algún pedido de empleado?

—Nada —dice el otro.

Usted ya se dispone a marchar. El fumador le indica que espere. Le pide el nombre, número de cédula y demás datos; es su ficha. Cuando aparezca el puesto, cuando suene el teléfono y desde el otro lado le pidan un empleado así y así y así lo llamará a usted. Y usted, cortés al fin, se dispone a marcharse, después de darle las gracias por su gesto amistoso.

—Un momento, amigo —dice el hombre en actitud resuelta—. Son diez nacionales de curso legal.

A usted se le va la sangre del cuerpo: diez pesos son el alquiler mensual de la pieza compartida, la cuota del sastre, la mensualidad de la Academia Berlitz por enseñarle inglés y taquigrafía, la comida de toda una semana, una fortuna para gastarla con una chica. Pero usted es hombre respetuoso de las instituciones: usted cree en la grandeza del país, en la Cons-



Renunciaron a su futuro y se refugiaron en Villa Desocupación...

titución, en el Parlamento, en la Justicia, en las Agencias de Colocaciones. Rasca en los bolsillos y encuentra los diez nacionales. De paso firma un papel por el que se compromete a entregar a la agencia el cincuenta por ciento de lo que gane el primer mes (en caso que le consigan empleo). Usted es un novato y no sabe todavía que los empleos conseguidos por este medio nunca duran más de un mes. Así los postulantes forman una invisible y real cadena que alimenta a estos organismos. Es preferible volver a los avisos de "La Prensa" y a las colas de las madrugadas frente a la puerta de la tienda, de la oficina o de la fábrica.

LOS BAILES

Usted es joven y le gusta ir a los bailes. No se le ocurre ir al Tabaris (lugar para ministros y diplomáticos), ni al Chantecler (donde D'Arienzo todavía es el Rey del Compás). En estos lugares las copas son caras y las mujeres son más caras que las copas. Usted va a los bailes de las sociedades españolas e italianas (Unione e Benevolenza o Lago di Como; Centro de Almaceneros o Región Leonesa).

—¿Bailamos? —dice usted desde lejos con los ojos y con la mejor cara que puede poner.

—No me dejan —le responden con un gesto negativo.

Hace el mismo ejercicio con otra, y usted entiende por res-

Villa Desocupación (1933). Pero un día salió el sol para mostrarnos un paisaje lavado, esponjado, aséptico





Ferias francas (1926)

puesta algo así: "Estoy esperando a mi novio". La tercera es la vencida, y usted descubre que ha tenido suerte y que tiene un cuerpo que se adecúa plásticamente al suyo. Usted bendice al tango porque permite que sea moral y público el abrazo con una muchacha fervorosa y siempre deseable. Usted habla del tiempo, de la familia, de los brutos que son algunos bailando, etc. No, no está sola: ha venido con tía Elvira. No, acompañarla, no. No le dejan tener novio todavía. No, tampoco tiene teléfono. A usted no le importa mucho la ortodoxia de los pasos del tango, y en cambio vuelca toda su atención e interés en la muchacha. Ya sabe que bailará la próxima con usted, después la otra, después la que sigue. Ya sabe que se llama María Esther, que tiene dieciocho años y que nunca tuvo novio (usted hace que lo cree). La tía los mira cuando pasan delante de ella y entonces usted afloja un poco para no despertar sospechas familiares prematuras. Pero no podrá acompañarla de ningún modo. Usted se acerca al guardarropa seguro de que ha pasado una noche deliciosa y vive ahora una promesa para el futuro.

Se reúne con sus amigos y salen todos. Caminan por las calles húmedas y frías de Buenos Aires. Son las cuatro de la madrugada. Hay en el aire nocturno risas femeninas y pasos de



nutridos grupos humanos. Es sábado. Usted y sus amigos se comunican las experiencias de la noche. El reflejo rojo de un zaguán les sale al paso. Sólo cuesta dos pesos. Pero, ¿quién tiene dos pesos?

Y CORRIENTES ANGOSTA

Una noche cualquiera se pierde usted por Corrientes adelante. Es una calle angosta y extraña en el conjunto de la ciudad. Los edificios amenazan derrumbarse sobre el tembloroso Lacroze. Los demás tranvías de Buenos Aires son color claro tirando a blanco. El Lacroze parece una rana verde saltando entre charcos. La gente se apiña en las veredas angostas, a las que se asoman los bares y los mostradores poblados de codos y de risas. Las mujeres tienen aire misterioso y destellan fuego para animar la noche. Bastan pocas para aglutinar compactos grupos de hombres en su torno. La mujer —la mujer hermosa— tiene a su alrededor la admiración (interesada) de unos hombres que no han renunciado a costumbres románticas y que ellos llaman caballerescas. Las novias y las esposas de estos hombres han quedado en casa: no son mujeres para la noche. La noche exige un combustible especial. Estas mujeres hasta se atreven a fumar en público. Es verano.

Las puertas de los cabarets están entreabiertas y el dos por cuatro del tango atraviesa la calle como una invitación. En Corrientes y Esmeralda están los muchachos del centro: viven con elegancia y con un empaque solemne que hasta en París reconocen que es porteño. (Yo no digo que sea mejor o peor: digo que es porteño. Ya están abandonando el pantalón bombilla, el pañuelo con monograma y los gemelos de oro. Ya se ven algunos zapatos marrones (todavía oscuros) y hay algunos que se atreven a usar corbatas que no tienen fondo azul y lunares blancos. También hay algunos héroes que ya no les importa mostrar la estilográfica en el bolsillo superior del saco. En Corrientes y Esmeralda usted sospecha que puede estar **El hombre que está solo y espera**, el gran descubrimiento de Scablabrini Ortiz. Desde que se hizo este descubrimiento, nos parece conocer a ese hombre y sentimos ganas de decirle: "Vamos, no se quede ahí solo, amigo. Unase a nosotros. No se conforme con ser espectador".

Los visitantes ilustres no se interesan por Corrientes. El alemán Keyserling sorprendió el "no te metas" en conversaciones de salón. El español Ortega y Gasset habla con elogio de Florida y de la Avenida de Mayo y de la mujer criolla (sus razones tendrán). El italiano Marinetti (padre del Futurismo) tampoco comprendió la magia de Corrientes. Y ello sucede porque Corrientes es una calle con vocación suicida: una vía que atraviesa el tramo más tembloroso de vida de la ciudad y va a mezclarse con la muerte en la Chacarita. Es necesario comprender bien esto. A Corrientes hay que sentirla como un compás especial y pasar de largo por el Abasto para no hipotecarlo todo a Gardel.

Los primeros letrados quiebran la monotonía de la luz crepuscular y ofrecen lo que no es nuestro: yerba mate (paraguaya), aceite (español), casimires (ingleses), perfumes (franceses). Como respuesta a todo esto están, más allá de la General Paz, las praderas de la pampa pobladas de vacas y doradas de mieses. Es la réplica del país al mundo ultraatlántico que conforma la vida porteña y determina el destino del habitante de Buenos Aires. La Corrientes angosta le sirve a usted para deambular por un ambiente cargado de intimidad comunicativa y dejar que la nostalgia característica del tango le impregne bien el espíritu. Usted se entrega a la noche y la noche termina por dominarlo y absorberlo. En esa nostalgia se interpola la ira de Discépolo, y entonces el tango adquiere un aire de rebeldía y de protesta. El resentimiento y la frustración se presentan en ese cuadro cuando usted la ve salir del cabaret (¿Tabarís? ¿Tibidabo?, ¿Chantecler?) **sola, fané y descangallada** y descubre que ya no es la hermosa que antaño lo torturó, sino una mujer **flaca, tres cuartos de cogote y una percha en el escote bajo la nuez** (el deshecho humano es tan categórico que hasta tiene nuez). El tango es triste. Por eso hay que empezarlo a vivir después del crepúsculo, cuando el espíritu se repliega sobre sí mismo en forzada introversión. Es como una droga que hace su efecto de noche y en Corrientes, calle creadora de mitos. Usted ha quemado muchos años caminando por las losas desiguales y resbaladizas de las veredas que enmarcan el tranco runeante del Lacroze. Usted se va alejando va hacia su barrio. Hay silencio y sólo oye el eco de sus propios pasos. Usted lleva en el alma una especie de sed de sueños locos y una difusa sensación de que todo puede ser, todo se puede emprender, todo se puede intentar. Es Corrientes y su noche que le llenan las venas de una fuerza secreta que se revierte en algo importante: un tango, un libro, un gran amor.

Ese mundo marcará toda su vida para siempre. Por eso usted ama a Buenos Aires: porque la sufrió con ira y porque la gozó con fervor. Después verá crecer la ciudad con orgullo como si le creciera a usted en las manos un tramo largo y apasionado de su propia juventud.